



UN CRIMEN PRETENCIOSO

Carlos Reyero Hermosilla

UN CRIMEN PRETENCIOSO



Primera edición: abril 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Reyer Hermosilla

ISBN: 978-84-19151-94-0

ISBN digital: 978-84-19151-95-7

Depósito legal: M-10833-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Este es un relato de ficción. El escenario, la acción y los personajes que en ella intervienen son fruto exclusivo de la invención del escritor.

Cualquier parecido con lugares reales, hechos sucedidos o personas existentes o que hayan existido en la realidad es pura coincidencia.

Todo es embeleco, mentiras, gente soberbia y vacua.

BALTASAR GRACIÁN

Hay fraudes insolentes y pretenciosos, y los hay astutos e insidiosos. Y hay siempre, me temo, hasta en el artista más artificioso, suficiente fe ciega, anhelos profundos suficientes para hacerlo vulnerable a dichos engaños.

HENRY JAMES

1

Cincuenta años atrás

Get on your knees suena en la radio del Seat 1500. El coche lleva más de diez minutos detenido en doble fila, con el motor encendido, frente a la Jefatura Provincial del Movimiento. El hombre sentado al volante mantiene la mirada fija en el espejo retrovisor. A su lado, un joven de escasa estatura también vigila. Sus ojos sobresalen por encima del borde de la ventanilla. A ratos se gira nervioso a uno y otro lado.

—Piensa en lo que ha hecho a tu hija —le dice al hombre.

—No me lo quito de la cabeza. ¡Mi niña! ¡Mi querida niña! —se le saltan las lágrimas.

—Es mejor que ella lo olvide. Nunca se lo recuerdes. Le haría mucho daño.

—El dolor me acompañará siempre.

—Debí callarme.

—Solo puedo agradecértelo. ¡Los culpables deben recibir su castigo!

—Recuerda que es un secreto entre nosotros. Por su honor y por el tuyo. ¿Prometido?

—¡Prometido!

Un muchacho pelirrojo camina por la acera con desdén.

—¡Ahí viene!

—¡Maldito hijo de la Gran Bretaña!

—¡Agárrate fuerte! ¡Allá vamos!

El joven copiloto se hunde en el asiento, mientras el conductor embraga y mete la marcha. El muchacho pasa junto a ellos y se detiene más adelante, ante el paso de peatones. El semáforo está a punto de ponerse en verde.

Aprieta el acelerador hasta el fondo. Suelta el embrague. El vehículo parece despegarse del suelo. El muchacho pelirrojo vuela por los aires y queda tendido en el asfalto. El Seat 1500 se pierde por la avenida del Oeste, mientras suenan los últimos compases de la canción:

*Get on your knees baby
And pray, pray, pray for your love*

Domingo 21 de julio

La despedida es incómoda. Falta romanticismo. Las colas que preceden al control de equipajes del aeropuerto de Heathrow inspiran menos que los andenes de las viejas estaciones, donde un tren humeante a punto de ponerse en marcha convierte el más banal de los adioses en un momento emocionante.

Marieta acaba de abrazar a Oliver.

—Venga, vete ya —le dice con firmeza, mientras le da una palmada en el hombro. Hace ademán de distanciarse.

—Ten cuidado.

Él pronuncia aquellas palabras con delicadeza, como si tuviera un sentimiento pendiente. Ella duda.

—Siempre he tenido cuidado, Oliver. Sobre todo, de ti.

—No digas eso, Marieta. Te quiero. Te querré siempre.

—Yo también —le interrumpe sin mucha convicción.

—Espero que no te den el puesto.

—¡Ves cómo debo tener cuidado contigo! No quieres mi felicidad —añade con ironía.

—¡Tu felicidad! No vas a ser feliz en España.

—Yo no soy feliz en ninguna parte, Oliver. Me lo reprochaste cuando nos separamos, ¿no te acuerdas?

—Entonces, ¿por qué empezar de nuevo? ¿Por qué abandonar un trabajo que te enriquece, unas personas que te valoran?

—Ya lo hemos hablado muchas veces, Oliver. La crisis de los cuarenta. Estoy cansada. Necesito a mi familia. Aquí estoy sola.

—Nunca te ha importado.

—Ahora me importa.

—Si es por eso, me tienes a mí.

—Gracias, Oliver. Dejemos de darle más vueltas. Puedes venir a verme cuando quieras.

Lo dice sin entusiasmo.

—Iré. Claro que sí. En cuanto pueda.

—Voy a perder el avión.

Ella le mira y baja los ojos.

—Solo quiero decirte que, si las cosas no te salen como deseas, aquí tienes tu casa. Las puertas estarán siempre abiertas. Te echaré de menos. Sabes que te necesito. Eres insustituible.

—¿Hablas como exjefe o como examante?

Oliver se sonríe.

—No te burles. Sabes que siempre seré lo que tú quieras que sea.

—Y yo te lo repito, Oliver: no insistas. Si no tengo éxito, me compraré un apartamento en la playa...

—¡No me vas a decir que ahora te gusta la playa!

—Es un decir. He trabajado mucho y he gastado poco. Tengo ahorros. Puedo mantenerme hasta que encuentre un trabajo que me guste. La biblioteca del Sydenham College me ha dado muchas satisfacciones, pero...

—Creo que te equivocas, Marieta.

—¡Déjalo, Oliver! Tengo que irme.

Vuelven a abrazarse. Oliver se queda quieto. Observa como ella se coloca en una de las filas, separadas por postes con cintas extensibles, que indican el camino hacia la zona de embarque. Avanza despacio. En mitad del territorio acotado, una muchacha con el pelo teñido realiza el correspondiente control. Marieta saca el teléfono móvil, desliza el índice por la pantalla y se lo acerca. El escáner lo da por bueno y prosigue. Cuando deposita

su impermeable en la bandeja se gira, pero no ve a nadie. Oliver ya se ha marchado.

Antes de ocupar el lugar que le corresponde en el avión, saca del bolso las gafas y un montón de folios impresos. Los deja caer sobre el asiento vacío que se encuentra junto al suyo. Después, coloca sus pertenencias en el portaequipaje y se sienta en el lado del pasillo. Espera que, de un momento a otro, alguien la obligue a levantarse, así que no se abrocha el cinturón todavía. Nadie se lo ha pedido cuando se cierran las puertas. Experimenta una sensación de privilegio. Dura poco. Pasados unos minutos, se anuncia por megafonía un retraso en el despegue. Congestión en el tráfico aéreo. Casi habitual un domingo de verano. Vuelve a encender el móvil y abre la aplicación de mensajería. Escribe y pulsa enviar.

Recoge los folios y se cambia al asiento de la ventanilla. Baja la bandeja que cuelga del respaldo delantero y los coloca encima. Comprueba que están en orden. ACADEMIA DE PENSAMIENTOS INÚTILES DE SANTA LASTENIA. El encabezamiento está impreso en cada una de las páginas. Letra Calibri, versalitas, cuerpo catorce. En la primera: «Proyecto de Dirección de Archivo y Biblioteca». Letra Calibri, minúsculas, cuerpo dieciséis. Debajo, su nombre y el logo. El símbolo gráfico está algo borroso. Se nota que la imagen, bajada de internet, carece de resolución. Se trata de una figura femenina con una palma en su mano derecha, alrededor de la cual figura el lema de la institución: *Quod natura non dat, academia non prastat.*

Ha revisado casi la mitad de las páginas, cuando es obligada a recoger la bandeja. Sostiene un momento los folios con la mano izquierda, mientras cumple órdenes. Al fin, se disponen a despegar. Mira por la ventanilla y continúa con la relectura, sin prestar atención al azafato que se esmera en explicar cómo colocarse el chaleco salvavidas.

El avión empieza a elevarse. Se le escapan algunas hojas entre las rodillas. En ellas hay palabras y números subrayados con distintos tipos de tinta. Algunos folios tienen anotaciones al margen.

El aeropuerto de Barajas es un trasiego de viajeros deseosos de ir de vacaciones a cualquier parte. O de llegar a casa. Arrepentidos de haberse ido o entristecidos por haber vuelto.

—Es por mamá, ¿verdad? —pregunta Mila muy seria, cuando caminan hacia el aparcamiento de la terminal cuatro.

—¿Por mamá? ¿Qué dices?

—Que vuelves por mamá.

—¡No digas tonterías! Mamá ya no está.

—Ya...

—¿Ya qué?

—No, nada. ¡Si tú lo dices!

—...

—Por cierto, te queda bien el pelo rizado —comenta Mila de repente.

—¿Te gusta?

—Y estás más delgada.

—Siempre estuve igual de delgada, Mila.

—Lo que tienes que hacer es quitarte ese vestido de institutriz inglesa. Mañana nos vamos de compras.

—Mañana tengo que...

—¡Ah! Sí, sí, es verdad, claro. Te prestaré uno de los míos. No puedes presentarte así. Esto no es Inglaterra. Y píntate un poco, Marieta. Solo un poco, te lo pido por favor. Hazme caso.

—Voy a una entrevista de trabajo; no a buscar novio.

—Por eso, Marieta, por eso. Con el estilo que tienes, la seguridad al hablar, la serenidad que trasmites... Eso es lo único importante..., por supuesto... Pero..., pero... la apariencia ayuda, ¿sabes?

—Me parece que la apariencia va a dar igual. Creo que tengo pocas posibilidades.

—¿Pocas posibilidades? ¿Cómo puedes decir eso? Has trabajado en una de las bibliotecas más prestigiosas del Reino Unido, hablas inglés, tienes publicaciones en las principales revistas de biblioteconomía y documentación...

—¡Pero llevo casi veinte años fuera de España, Mila! No tengo ni idea de cómo funciona la gestión pública. Me sobra teoría de archivos y bibliotecas, desde luego; pero no sabría por dónde empezar. Se darán cuenta de mis puntos débiles.

—Se quedarán deslumbrados. Los políticos no tienen ni idea.

—No tienen ni idea de cómo arreglar el problema con el que se han encontrado. ¡Y yo tampoco!

—Eso, a ti, debería darte igual.

—¡No lo entiendes! Se supone que yo soy parte de la solución. En términos jurídicos, la academia ya no existe. Ha entrado en concurso de acreedores y ha quedado disuelta. Pero sus bienes no pueden enajenarse porque están protegidos por la ley de patrimonio. La Diputación se ha hecho cargo para salvaguardarlos. Tengo que poner orden.

—Pues entonces está solucionado. A ti que más te da.

—Nada de eso. La Diputación carece de presupuesto para sanear la institución. Ha planteado una quita, pero los acreedores se niegan a aceptar el acuerdo. Y luego están los sindicatos. La primera decisión fue despedir a los trabajadores. Al parecer, dos de ellos han sido readmitidos, pero el resto, a la calle. Te puedes imaginar el lío que hay montado.

—Me imagino la mano del partido gobernante para admitir a esos dos.

—Eso denunciaba un periódico digital. La prensa afín, por el contrario, habla todo el tiempo de eficiencia y transparencia en la gestión pública. Sin embargo, las cosas distan mucho de estar corregidas. Los servicios de mantenimiento y seguridad se han externalizado definitivamente. Todo lo demás es una mascarada para guardar las formas.

—¿Y tú cómo te has enterado de todo eso?

—Hoy está todo en internet, Mila. Eres una antigua. En cada ciudad hay varios periódicos digitales y un montón de redes sociales. He tenido que empaparme de todo para proponer alternativas. Estaba en la convocatoria.

—¿Y qué has propuesto?

—Vaguedades. Como los programas electorales. Ahora puedes entender el pánico que me entra. Creo que voy a un zoológico donde las fieras están sueltas.

—Con mano izquierda sabrás resolverlo. Seguro que es más sencillo de lo que piensas.

—¡Sencillo! ¡Si tú supieras...!

—Si no es sencillo, olvídalo y descansa. Te lo puedes permitir. Me pregunto para qué te buscas problemas. Podrías comprarte un apartamento en la playa, dar clases de inglés y a vivir.

—Eso mismo le dije a Oliver. El problema es que no me gusta la playa.

—No habrás vuelto con él, ¿verdad? Te hizo mucho daño.

—Vivir siempre hace daño, Mila.

—Dime que no has vuelto con él.

—¡Claro que no! Pero ha seguido siendo mi jefe todo este tiempo. He tenido que verlo todos los días. A veces, no ha sido fácil, te lo aseguro. Además, me quiere. A su manera, pero me quiere.

—Y porque te quiere, te humilla. Te habrá acusado de no valorarlo, de abandonarlo... ¿no? Siempre igual. Se habrá hecho el mártir. Me lo imagino. Seguro que sigue con su mujer.

—Ella no tiene la culpa.

—¡Claro! ¡Ahora dime que la tienes tú! ¡Venga! Echarse la culpa de todo lo que a uno le ocurre también es una forma de soberbia. No estamos obligados a sufrir los miedos de los demás.

—No, Mila, no; no es eso. Oliver es como es. Él cree que los ingleses son superiores, que todo es mejor en Inglaterra. No le cabe en la cabeza que yo desee volver a casa.

—Bueno... —Mila dulcifica el tono—, en cierto modo..., cómo expresarlo..., yo tampoco lo entiendo. Me alegra que estés cerca, claro que sí; pero, en el fondo, no... no lo entiendo. Podrías vivir como quisieras... sin complicarte la vida.

—¡Complicarme la vida! ¡Sabes lo que me importa el trabajo!

—Eres la única mujer del mundo que antepone el trabajo a todo.

—No seas machista, Mila. Quizá porque soy mujer lo antepongo siempre, sí. Para que no me lo reprochen.

—¿Que te reprochen qué? ¿A quién le importa? ¡Ya has demostrado lo que eres capaz de hacer! ¡No te tortures! ¡Olvídate un poco de los demás! Si te vas de Londres es porque estás cansada, porque se ha terminado un ciclo de tu vida o por lo que sea. No-pa-sa-na-da. A ver si te enteras de una vez. Disfruta, Marieta, disfruta.

—No sé.

—¡No sabes, no sabes...! Bla, bla, bla... ¡Claro que sabes!

—En el fondo, solo disfruto con mi trabajo.

—Vale. Disfrutas con tu trabajo. Aceptado. Lo que me cuesta entender es que, a estas alturas de tu vida, te vayas a vivir a una ciudad provinciana para ordenar expedientes administrativos.

—Ahí te equivocas. La Academia de Santa Lastenia fue una de las más importantes instituciones culturales españolas del siglo XIX...

—Tú lo has dicho: del siglo XIX. ¿Pero hoy? ¿Qué significa hoy? Seguro que preguntas a cualquiera y nadie ha oído hablar de ella. Hasta el nombre es raro. Por cierto, ¿quién fue Santa Lastenia?

—Yo creo que es una santa inventada. La única Lastenia famosa es Lastenia de Mantinea, discípula de Platón, que se vio obligada a disfrazarse de hombre para poder asistir a la Academia. Nació antes de tiempo para ser santa.

—¡Ves! ¡Ni tú sabes dónde te vas a meter!

—El nombre es lo de menos. Para quienes trabajamos en archivística lo que importan son los fondos de la institución. Fue fundada por un librepensador de origen escocés, ¿sabes? Se llama-

ba Alexander Murray. Un personaje curiosísimo. Su biblioteca era increíble. Se conserva casi completa. Tiene documentos únicos en el mundo sobre fisiónómica y alteraciones de la personalidad, por ejemplo. Sabes todo lo que me ha interesado siempre —hace una pausa—. ¡Si encontrara el manuscrito...!

—¿Qué manuscrito?

—Hay indicios de que Murray pudo realizar experimentos con personas y animales. Algunos estudiosos lo aseguran. Tengo motivos para pensar que la publicación final ocultó los verdaderos resultados obtenidos. ¡Tiene que haber un documento que los recoja!

—Para eso no te hace falta ir a trabajar allí. Basta con que te instales el tiempo que necesites y lo investigues.

—No es tan fácil como parece. Hay algo raro. Creo que Oliver llegó a averiguar...

Mila la interrumpe.

—Te engañas, Marieta. Ignoro por qué te engañas. Pero te conozco lo suficiente para saber que las cosas no son como dices. Todo lo que me cuentas tendrá su importancia. No digo yo que no. Pero no son razones. ¿De qué huyes? ¿De Oliver, todavía? ¿O pretendes vengarte?

—No, Mila, no. Tienes una perspectiva equivocada —hace una pausa en la conversación y cambia el tono—. Ahora me toca a mí hacerte una pregunta. A ver si así lo entiendes: ¿Tú estás satisfecha de la vida?

—¿Yo? ¡Qué pregunta más tonta!

—Contéstame.

—Tengo un marido estupendo, dos hijos maravillosos, disfrutamos lo que podemos, no me falta de nada, tenemos salud...

—Eso quiere decir que estás satisfecha.

—Sí..., sí... Sí estoy satisfecha.

—No parece muy convencida.

—Es que la vida no se ha acabado todavía. Me lo tendrás que preguntar...

—Eso es, Mila. Mi vida no se ha acabado todavía. Londres se acabó, pero yo necesito continuar.

Mila ha preparado una cena especial. En ese momento se encuentran las dos solas en la mesa de la cocina. Las últimas luces de la tarde se apagan cuando saborean el postre.

—Has salido a mamá. La tarta de tres chocolates te queda incluso mejor que a ella.

—Siempre me has comparado con mamá. Pero solo soy tu hermana mayor. Por si lo has olvidado, eres más alta, más guapa y más lista.

—Y más joven. Dilo.

—Y más joven, por supuesto.

—Te recuerdo que ya he cumplido cuarenta.

Guardan silencio.

—Te va a ir bien, Marieta. Perdona por algunas cosas que te he dicho. Te encuentro ilusionada y eso es lo más importante.

—Lo estoy. Pero todo depende de la entrevista de mañana. Me doy cuenta de que he hablado como si ya estuviera todo decidido.

—Eso significa que estás más segura de lo que crees y tienes más ganas de lo que dices. ¿No me estarás ocultando algo?

—¿Qué te voy a ocultar?

—No sé. Ahora que lo pienso... Todo ha sido tan rápido. De repente me llamas y me dices que vienes a Madrid, que a lo mejor te vuelves definitivamente a España. En mayo, cuando estuve en Londres, no me comentaste nada. Tenías planes en Inglaterra para después del verano.

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Te han llamado para ofrecerte el puesto y me has utilizado como abogado del diablo a ver qué opinaba?

—¡Cómo es posible que se te haya pasado algo así por la mente!

—Todavía no me has dicho cómo llega a Londres la noticia de que en una provincia remota de la España profunda necesitan una archivera. No me creo que a estas alturas de tu vida estés buscando trabajo por internet como si fueras una mileurista.

—Pues no. Me lo contó Catalina Estébanez.

—¿Catalina Estébanez? ¿Te refieres a Cathy, la mujer del gilipollas de Félix Alcañiz?

—La misma. Por cierto, se ha quedado viuda.

—Vaya, lo siento.

—No, por mí no lo sientas. Ya sé que todos mis novios te han parecido siempre gilipollas.

—No, no he querido decir eso. Lo digo por ella... Por el muerto, vamos... Está feo hablar mal de un muerto.

—Un cáncer. El año pasado. Pero ella está animada.

—¿Te buscó para decirte que se había quedado viuda o para informarte del puesto de trabajo?

—Ni lo uno ni lo otro. Quería hacerme una entrevista. Luego me puso al día de su vida y, entonces, me habló de la muerte de Félix.

—¡Vaya!

—Trabaja de periodista, pero, ya sabes, en una ciudad pequeña está complicado. Tiene un programa en una emisora local de radio y colabora en varios medios digitales. De todos modos, pienso que debe de ser una persona influyente, por lo que me contó. El caso es que dirige un programa que se llama *Todos somos emigrantes* o algo así. Está muy comprometida socialmente. Quiere combatir la xenofobia haciendo ver que la tierra donde hemos nacido no nos pertenece. Yo le venía bien porque, según ella, había emigrado a Inglaterra.

—Al fin y al cabo, es verdad.

—Sí, es verdad. Pero yo no he sufrido como los que vienen en patera.

—Y entonces te propuso volver a la patria, ¿no?

—En aquel momento, no. Además, no sé qué ves de raro en ello. Me habló de Santa Lastenia cuando me envió la grabación de

la entrevista por correo electrónico. Yo creo que fue a finales del año pasado. Todavía vivía mamá.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Es que, en realidad, todo quedó en el aire. Solo me habló de los proyectos de la Diputación para dotar de personal cualificado al archivo y a la biblioteca. Ella debe de tener algo que ver. Sí, recuerdo cómo me lo dijo: «¿No sería maravilloso que fueras la archivera de Santa Lastenia?». Pero no hice caso.

—Hiciste caso. Eres más vanidosa de lo que siempre había pensado, Marieta. Lo puedo comprender. Pero si aceptas el trabajo por vanidad, te equivocas.

—Creo que despertó mi vanidad, pero no lo hago por vanidad. Quizá, por despecho.

—¡Al fin!

—¿Al fin qué?

—Al fin has confesado que hay algo de lo que quieres vengarte. Y no puede ser más que Oliver. También eres un poco soberbia, querida hermanita.

—Me conoces demasiado.

—Me faltan los detalles.

—Carecen de importancia.

—Seguro que la tienen. Ya sabes lo que dicen: la diferencia está en los detalles. Las pasiones humanas son las mismas en todas partes. Solo una cosa más, Marieta. Háblame de Cathy. ¿Insistió ella o te interesaste tú por el puesto?

—Hablamos con frecuencia en los últimos meses. Lo de la academia salía en la conversación.

—¿La llamabas tú o te llamaba ella?

—Me llamaba ella casi siempre. Ya sabes que a mí me cuesta encontrar el momento adecuado para hablar por teléfono. Me parece que molesto. ¿Por qué lo preguntas? Habíamos sido muy amigas.

—Hasta que te robó a Félix. Y cuando Félix desaparece, se pone en contacto contigo.

—Puede ser. Es normal que esas cosas pasen. En todo caso, sabes que mi relación con Félix fue insufrible. Me hizo un favor. Era un celoso compulsivo. Fue él quien hizo todo lo posible para que Cathy y yo nos distanciáramos. Yo creo que ahora le hace ilusión que vivamos cerca. Es como ajustar cuentas con el pasado, ¿no se dice así?

—¿Y a ti te mueve lo mismo?

—Es más fácil llegar a una ciudad donde ya conoces a alguien. Cathy es una mujer muy vital.

—Y muy ambiciosa.

—A nuestra edad ya no nos mueve la ambición.

Marieta parece poco convencida de lo que acaba de decir. Espera que su hermana reaccione para reírse de la mentira, pero Mila guarda silencio y permanece con la mirada perdida. Después de unos segundos, dice, como si se hiciera la pregunta a sí misma:

—¿Qué interés puede tener Cathy Estébanez en que tú te conviertas en archivera de esa academia trasnochada?

Lunes 22 de julio

Marieta viaja en un tren de Media Distancia. Viste un traje rojo de lino, con escote cuadrado, cintura ajustada y falda fruncida por debajo de la rodilla. Cualquiera puede adivinar que se siente disfrazada. Va en la plaza noventa y cuatro del coche dos. El joven sentado a su lado, que se ha pasado todo el trayecto con el teléfono móvil y los cascos puestos, se levanta, recoge su mochila y se prepara para bajar en la próxima parada. Sobre el asiento abandona un diario gratuito de los que se reparten a primera hora. Desvía la mirada hacia el titular de portada. «Un veinte por ciento de españoles abandonará el Reino Unido por el Brexit». Lo coloca para verlo mejor. Ahora lo despliega. Desde lejos, con cuidado, como si curioseara algo que no le pertenece. Se fija distraída en algunas noticias al pasar las hojas. Se detiene en la página de cultura. Es un popurrí de informaciones heterogéneas. Parecen recogidas de distintos medios. Es verano. De repente, se detiene en una que le llama la atención: «El archivero de Santa Lastenia será elegido por un comité de expertos». Busca sus gafas y acerca el periódico al reposabrazos. El primer nombre que lee es el de Elidio Turqui de Bigues. Se entera de que es el presidente de la Academia, un erudito que ha escrito varios libros sobre la denominación de las calles de la ciudad, publicados por la antigua caja de ahorros. A continuación, el artículo menciona a Aurelio Fos, el jefe de servicio de

documentación de la Diputación. La noticia dice que fue número uno de su promoción. Por último, Manuel Parrote, el director del único diario en papel que todavía se edita en la ciudad. Ha sido elegido hombre del año por la Asociación de Mujeres Periodistas.

En su rostro se dibuja un gesto de desencanto. Se quita las gafas y mira por la ventanilla. Solo ve un campo agostado. Dobla el periódico y lo deja donde estaba. De repente, lo recupera. Esta vez, sin miramientos. Se vuelve a poner las gafas. Pasa con rapidez las páginas. Como si necesitara comprobar algo con urgencia. Se detiene en la misma noticia. Reconoce lo que ya había visto. La silueta de un felino y una firma: «Stephenson».

Saca el móvil de un maletín de piel. Marca el pin. Presiona el icono de la aplicación de mensajería. Los últimos recados son de Catalina Estébanez. Permanecían sin contestar. «Suerte mañana». Debajo, otro: «Eres la mejor». Sigue un tercero: «Necesito desconectar. Perdóname». Y un cuarto: «Los novios son lo primero». Cierra la serie un quinto con varios emoticonos de guiños, sonrisas y besos. Amplía el círculo de la fotografía. Una hembra de lince ibérico. Toca de nuevo la pantalla. Está en línea. Escribe. «Gracias, Cathy Stephenson». Unos instantes después, un pitido. «Bruja».

El calor empieza a apretar. El Paseo de la Estación se encuentra casi desierto. Un grupo de turistas que acaba de bajar del tren se saca una fotografía junto a la estatua de Cervantes. Marieta cruza al centro de la alameda para protegerse del sol. Tras atravesar la avenida de Colón, gira a la derecha y toma la calle del Correo Viejo. Parece familiarizada con la ciudad. Sin embargo, reacciona con sorpresa al llegar a la plaza de Cánovas. Mira alternativamente la fachada de la iglesia del Santo Ángel y el edificio de la Diputación, como si necesitara asegurarse de que se encuentra en la ciudad que recuerda. Varias construcciones de hormigón, con arquerías en su parte inferior, dan a aquel lugar un aire metafísico. Uno de aquellos bloques es el nuevo

edificio anexo a la Diputación, donde ha sido citada a las doce y media. Falta más de una hora.

Llega hasta la entrada. Abre la carpeta y saca un papel donde está impreso el correo electrónico que había recibido cinco días antes. Comprueba que el número coincide. Vuelve a guardarlo. Ha llamado la atención de un conserje que entra en ese momento en el edificio. Se ofrece a ayudarla. Ella solo quiere cerciorarse de que es el lugar que busca. Pregunta por el Café Novelty. El subalterno responde que ya no existe. Sugiere la cafetería Hideou's, que pertenece a una franquicia. Le da las gracias y se dirige hacia allí.

Algunas personas están sentadas en la terraza. Se nota que son extranjeros. Marieta prefiere el interior. Hay aire acondicionado. Escoge una mesa junto la ventana. El local está casi vacío. Pasa un tiempo hasta que se le acerca una muchacha con acento italiano y aspecto de estudiante. Pregunta qué desea tomar. Pide agua sin gas. Tardan en servirla. Mira varias veces el reloj. Se impacienta. Hace una seña inútil a una cajera distraída. Un hombre, que parece el encargado, se percató y avisa a la joven. La chica recoge la comanda, que lleva un buen rato en la barra. Sin prisa, se encamina hacia donde está sentada Marieta. Se excusa por la tardanza. Deposita la botella, el vaso y una cajita de madera sobre la mesa. Exige que abone la consumición en ese momento. El tique está dentro de la cajita. La abre. Marieta saca un pequeño monedero del maletín. Deposita la cantidad exacta y lo guarda. La camarera recoge las monedas y se marcha. Ella se sirve agua en el vaso. Abre de nuevo el maletín. De un compartimento saca los folios con el encabezamiento de la Academia de Santa Lastenia y los coloca sobre la mesa. Los pasa de uno a uno sin apenas fijarse. Vuelve a guardarlos. Mira la hora. Recoge el maletín y se levanta. Hace una pregunta al que supone es el encargado. Camina hacia el fondo, a la derecha.

Sale de Hideou's con los labios pintados de rojo, la línea de ojos marcada y una sombra suave en los párpados.

Una señora uniformada, de rasgos difíciles, la acompaña. Es de baja estatura, tiene el cuello largo y desproporcionado y balancea sus anchas caderas al andar. Toman un ascensor. La señora uniformada acaba de apretar un botón. Ascienden.

—¿Es usted de aquí?

—Nací en Madrid. Mi madre...

—¡Ah! ¡Qué bueno!

—En realidad, mi madre tampoco. Estudió aquí la carrera. A ella le gustaba mucho esta ciudad. Siempre contaba que había sido muy feliz —lo dice solo para congraciarse.

—¡Ya lo creo! Como aquí no se vive en ninguna parte. ¿Sigue los pasos de su madre, entonces?

—Más bien es una casualidad —evita dar explicaciones—. Se trata del archivo.

—¡La Academia de Santa Lastenia! ¡La segunda academia de España! Puede preguntar a quien quiera que le dirán lo mismo.

—¿La conoce?

—Por supuesto. Nadie la conoce mejor que yo.

—¿Y eso?

—Nací allí.

—¿Quiere decir que ha trabajado toda su vida allí?

—Quiero decir que nació allí. Así como lo oye. Mi padre era el portero mayor. Porque entonces había clases, ¿sabe usted? Vivíamos en la buhardilla. He trabajado allí desde niña. ¡Fíjese usted si hace! Me ha tocado de todo: limpiar, atender el teléfono, servir libros, enviar paquetes... ¡Qué sé yo! Lo que mandaba don Elidio...

—¿Don Elidio?

—El presidente. Ahora lo conocerá. ¡Muy buena persona!

—¿Y ya no trabaja allí?

—Sí, sí; hoy estoy aquí cubriendo el permiso de una compañera. Cerramos en verano. Es una pena porque es cuando vienen más

investigadores. Pero es que allí no hay aire acondicionado, ¿sabe?
No nos queda más remedio.

—Ya —responde Marieta, por decir algo.

El ascensor se detiene. Se abre la puerta.

—Pase, por favor.

—Gracias.

Avanzan a través de un pasillo.

—¿Está usted casada?

—No..., no estoy casada...

—Me lo había imaginado. Mejor. Yo tampoco. Una está mejor sola.

Llegan al final.

—¿Es aquí?

—Sí. Aguarde un momento. Voy a ver si ya puede pasar.

La señora del uniforme llama a una puerta. No espera ninguna señal de respuesta. Gira el picaporte, entra y vuelve a cerrar. Al poco, sale de nuevo.

—¿Ya?

—Pase, sí. ¡Adelante! ¡Un momento! —hace que se detenga—. Si necesita cualquier cosa, lo que sea, pregunte por mí en la entrada. Otilia, me llamo Otilia Ostric. Espero verla en Santa Lastenia. No sé por qué me parece... Le voy a dar un consejo —baja la voz tras un siseo—: ¡No haga mucho caso a doña Magdalena! Ella es así.

Se limita a dar los buenos días al entrar. Esta tensa, pero conserva una apariencia serena. A la izquierda, sobre un estrado, hay una mesa larga donde están sentados tres hombres. Un cuarto, mucho más joven, menudo y nervioso, revolotea de un lado para otro en busca de un cable para conectar un ordenador. El hombre situado en el centro, de avanzada edad, aunque muy despierto, la invita a

sentarse en una silla colocada delante. Cuenta con una bandeja plegable en el reposabrazos sobre la que hay dos folios en blanco y un bolígrafo. Hay más sillas como esa dispuestas en filas, a la derecha, todas vacías. Encima de su cabeza está colgada una gran pantalla. Se proyecta un aviso de falta de conexión. Justo enfrente hay otra, del mismo tamaño. La sala carece de ventanas.

—Le ruego que nos disculpe. Acabamos de perder la comunicación con los servicios centrales. Vamos a aprovechar para presentarnos. Mi nombre es Elidio Turqui de Bigues.

Observa a Marieta detrás de unas gafas de alta graduación. La mesa le llega un poco más abajo de los sobacos. Está incómodo por su baja estatura. Sobre los hombros se aprecia una fina capa de polvillo blanco. Lo más llamativo de su rostro es su doble papada, que parece cambiar de tonalidad, al tiempo que se balancea de atrás hacia adelante, cada vez que inclina la cabeza. Tiene un gesto receloso, que se acentúa cuando junta sus labios y los coloca apretados hacia afuera. Repite este tic nervioso dos o tres veces por minuto.

Cuando su voz hiriente como un graznido deja de escucharse, se dispone a presentarse Aurelio Fos, que se encuentra a su izquierda. Pronuncia su nombre a modo de aullido quejoso, aunque su mirada astuta desmiente su fingida indefensión. A continuación, realiza una fuerte aspiración, como si olisqueara. Permanece al fin quieto, mientras observa a Marieta. Se diría que estudia una presa.

El tercer hombre, Manuel Parrote, se ha quedado tan ensimismado con la candidata a archivera que ha olvidado presentarse. Es el único que viste de forma deportiva. Lleva un polo azul marino que marca sus pectorales y acentúa la musculatura de sus bronceados brazos. Gasta una talla menos de la que debería llevar. La mesa esconde su barriga. Don Elidio le da un codazo. Comienza a hablar maquinalmente sobre la importancia de los archivos en la cultura, sin dejar de fijarse en el escote. Don Elidio se ve obligado a interrumpirlo. Da su nombre. Lo repite una vez más. Al fin, se calla.

De repente, la pantalla que tienen encima se ilumina. A continuación, aparece sobre ellos el busto de una mujer gruesa, con una gran melena rizada de color rojizo, a doble tamaño del natural. Enfrente se hace visible la misma imagen.

—¡Mierda! —se la oye decir.

La palabra retumba por la sala.

—Magda, ya estás en línea. ¿Nos recibes? —pregunta con voz chillona el joven que trataba de conectarse.

—Hay algún problema con la cámara. No os veo. ¿Me veis vosotros?

—Sí.

—Pues venga, lo dejamos así, llamad a la petarda y acabamos.

—¡Aaag! —la exclamación del joven suena como un alarido.

—Disculpe, señora —dice don Elidio dirigiéndose a Marieta—. Doña Magdalena se encuentra en estos momentos en una mesa de negociación con los sindicatos. Son estrategias complejas —aprieta sus labios y los junta hacia fuera dos veces seguidas—. ¡Doña Magdalena! —grazna una vez más, según su costumbre—. ¿Le importa presentarse? Ya tenemos aquí a la candidata.

—Hola... Hola..., ¿se me escucha?

—Sí, Magda. Puedes hablar —responde el joven que maneja el ordenador.

—Soy Magdalena Lionés, la gran comisionada de la Diputación para Asuntos Superfluos. Quiero darle la bienvenida. Estamos encantados de que se encuentre aquí. Mi misión es únicamente velar por la limpieza de esta entrevista. Siento no poder verla. En realidad, me encuentro muy cerca. Estoy aquí al lado. Pero tengo claustrofobia. Me angustia permanecer en espacios cerrados. ¿Ya se han presentado todos?

—Sí, doña Magdalena —contesta don Elidio—. Empezamos cuando usted diga.

Aurelio Fos le hace un gesto de advertencia, mientras señala al joven nervioso, que se ha sentado en el extremo de la mesa.

—Ahora ya los veo —irrumpe Magda sin previo aviso—. Si ya se han presentado, pueden realizar las preguntas que estimen oportunas.

—Falto yo, Magda.

—¿Cómo que faltas? ¿No estás ahí, Borja?

—Aún no me he presentado.

—Pues adelante, Borja, por favor.

—Hola, soy Borja Monqui.

Se quita las gafas de pasta, de color celeste, diseño de marca, mientras pronuncia su nombre. Parpadea varias veces. Dirige su mirada al fondo de la sala. Se echa el flequillo hacia atrás. Comprueba que tiene bien atados todos los botones de la camisa floreada. Coge un bolígrafo y da unos golpecitos sobre la mesa.

—El señor don Borja Monqui es mi jefe de prensa —precisa la gran comisionada desde la pantalla, mientras baja sus largas pestañas como si fuera la muñeca gigante de un ventrílocuo—. Se limitará a levantar acta. Él tampoco participará en la toma de decisiones.

—¿Empezamos, entonces, doña Magdalena? —pregunta don Elidio con resignación, mientras aprieta los labios con fuerza y su papada se balancea más que de costumbre.

—Estás hablando con la nueva archivera de Santa Lastenia.

—...

—Ya te lo contaré. Me vuelvo en el tren de las cinco y diez. Tengo que estar aquí otra vez mañana. Han anunciado una rueda de prensa a la una.

—...

—Imposible. ¡Me he dejado todo en tu casa!

—...

—Está en la playa.

—...

—Sí, ya lo sé. Dalo por seguro. Los novios son lo primero. En eso sigue igual. Pero yo creo que ahora está sola. Se ha pasado

media hora colgada al teléfono. Me ha dicho que me puedo quedar en su casa a partir del jueves. Hasta entonces tendré que ir y venir. Serán solo dos días.

—...

—Yo tampoco me lo esperaba. Todo es muy raro. Quieren que en verano quede todo preparado para empezar a funcionar a pleno rendimiento en septiembre. Palabras textuales.

—...

—Sí, me quedo sin vacaciones. Me escaparé algún fin de semana a verte.

—...

—Olvídate de tus vestidos. Mejor si vengo de institutriz inglesa.

—...

—Otro día te lo cuento.

—...

—Sí, ya sé lo que decía mamá de esta ciudad: «Muy alegre y muy florida, pero no hay sustancia». Quiero pensar que estaba equivocada. Además, la sustancia siempre es relativa, Mila. Lo importante es estar a gusto y que te quieran.

—...

—¡Síííí! ¡No hace falta que me lo recuerdes! Con la misma facilidad con la que me reciben hoy me echarán mañana. Eso hay que tenerlo siempre presente.

